

liviana, que son los malos, los cuales con el viento de la tribulacion se desbaratan y derraman. Y así como en el mismo fuego se purifica y afina el oro, y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo resplandece más como el oro, y el malo, como leño seco é infructuoso, se consume. Por esto dijo san Cipriano (1): «Para examinarnos y probarnos nos da Dios varios dolores, y nos ejercita con muchas tentaciones y penas: con la pérdida de la hacienda, con los encendimientos de las calenturas, con los tormentos de las heridas y llagas, con la muerte de los amigos y queridos, y no hay cosa en que más se eche de ver quién es cada uno, y en que se diferencien más los justos de los pecadores, que en el tiempo de la tribulacion; porque en ella el pecador con la impaciencia se queja y blasfema, y el justo con la paciencia se prueba y afina, como está escrito en el *Eclesiástico* (2): «Ten sufrimiento en el dolor y paciencia en tu trabajo, porque en el fuego se prueba el oro y la plata.»

Las ondas del mar Bermejo sirvieron de muro á los hijos de Israel y ahogaron á los egipcios (3); dándonos á entender que las aguas de la tribulacion son para guarda y defensa de los buenos, y para castigo y tormento de los malos, los cuales, como están desarmados y desaparecidos, y les falta el gobernalle de la paciencia y las armas de las virtudes, con que los buenos se defienden cuando pasan el golfo impetuoso de las tribulaciones, dan al traves en las rocas de la ira, de la blasfemia y pusilanimidad y desesperacion.

De aquí vienen á dudar de la providencia de nuestro Señor, y á parecerles que no está con nosotros ni cuida de nuestros trabajos, y á decir, con Gedeon (4): «Si el Señor está con nosotros, ¿cómo han venido sobre nosotros tantos males? Si Dios fuese mi padre, ¿cómo me afligiria? ¿cómo no remediaría este daño? ¿cómo no alzaría de mí este castigo tan pesado, largo y trabajoso?» Y juzgando que no tienen en Dios amparo y favor, se vuelven á los enemigos de Dios y acuden á mujeres hechiceras y á hombres que tienen pacto con el demonio, y muchas veces al mismo demonio, pensando hallar en él el remedio que no hallan en Dios.

Vienen á jurar y á blasfemar y á maldecir al Señor, y á seguir el consejo de la loca é importuna mujer de Job, que, vencida de las calamidades que veía en su casa, dijo á su marido (5): «¿Aun vos permanecéis en vuestra simplicidad y engaño? Maldicid al Señor y moríos.» Pero él respondió: «Vos habéis hablado como una de las mujeres necias é insipientes. Si habemos recibido de mano del Señor las cosas prósperas y alegres ¿por qué no recibirémos las adversas y tristes?» Estos tales echan maldiciones á los padres que los engendraron, trabajan los

(1) Lib. *De bono patientia*.(2) *Eccles.*, II.(3) *Exod.*, XIV.(4) *Jud.*, VI.(5) *Job*, II.

domingos y fiestas sin necesidad, hurtan para remediar su pobreza, venden por dinero la verdad y son testigos falsos en juicio; murmuran de los poderosos, juzgan mal de todos, y sus lenguas son navajas que cortan y despedazan las carnes de sus prójimos, y en fin, viven como hombres sin Dios. Y habiendo de entender que sus culpas son causa de sus penas y de procurar enmendar la vida para que así cese la ira y azote de Dios, ellos multiplican sus pecados, y el Señor multiplica sus castigos. Como prometió de hacerlo en el *Levítico* por estas palabras (6): «Si despreciáredes mis leyes y hiciéredes poco caso de mis mandamientos, y no guardáredes lo que yo he ordenado, y quebrantáredes el concierto que hay entre nosotros, yo también os visitaré prestamente con pobreza y angustia que aflija vuestros ojos y consuma vuestras almas; sembraréis y no cogereis, porque vuestros enemigos destruirán lo que hubiéredes sembrado; mostraros he el rostro airado, y caeréis delante de vuestros enemigos, y seréis esclavos de los que os aborrecen; huiréis sin que nadie vaya tras vosotros. Y si con todos estos castigos no quisiéredes obedecerme, yo añadiré siete veces tanto otros mayores por vuestros pecados, y quebrantaré la soberbia rebelde de vuestra dureza, y os daré un cielo de hierro y una tierra de metal.» Y va diciendo otras espantosas amenazas, por las cuales da á entender Dios que nos castiga por nuestros pecados, y que cuando no nos aprovechan los castigos más blandos, envía otros más terribles y rigurosos.

Éstos son aquellos de los cuales dice el profeta Jeremías (7): «Herido los habeis y no han tenido dolor, habeislos azotado y ellos no han querido aceptar la disciplina.» Y en otro lugar (8): «Muerto he y destruido á mi pueblo, y con todo eso no se ha emendado ni entrado por camino. Y curado hemos á Babilonia, mas ella no ha sanado» (9).

De cualquier manera que sea, el Señor ha de ser glorificado en la tribulacion, ó con la emienda ó con el castigo del pecador, y siempre saca admirables provechos della, ó manifestando su justicia ó su misericordia. Porque primeramente, aunque el pecador con la tribulacion se exaspere y se enoje y embravezca y desespere, y blasfeme y se queje de Dios, y caiga en otras culpas que nacen de la angustia y quebranto de su corazon; pero en este mismo tiempo deja de caer en otros pecados y maldades en que cayera si tuviera contento y se hallara en prosperidad, la cual es madre del deleite, de la ociosidad, de la gula, lujuria, soberbia, vanagloria y de otras semejantes ó mayores ó no nada menores culpas que las que comete en el tiempo de la adversidad. Y desta manera, puesto caso que nuestro Señor sea ofendido del pecador por ocasion della, excusa con ella los otros pecados en que cayera si no se viera acosado y afligido.

(6) *Levit.*, XXVI.(7) *Hier.*, V.(8) *Ibid.*, XV.(9) *Ibid.*, LI.

Lo segundo, descubre el Señor los tesoros de su divina providencia. Porque cuando á un hombre que ántes mandaba y vedaba á su antojo, y trataba los negocios de Dios sin Dios, despues por sus maldades le vemos caido y derribado de su trono y cortadas las alas, y con necesidad de pedir de balde socorro al que ántes no se dignaba de mirar, conocemos que hay Dios y que tiene providencia de las cosas humanas, y que aunque el premio y castigo entero de nuestras obras se guarda para la otra vida, también en ésta comienza y da muestras de lo que despues ha de ser. Y desto se sigue que algunos malos vuelvan en sí y escarmienten en cabeza ajena, y los buenos permanezcan en su inocencia.

Porque, así como al buen juez que tiene preso al ladrón y le pesa que aquel hombre haya hecho por qué merezca la muerte; pero porque la justicia pide que sea castigado, y que sea ejemplo y escarmiento para otros, le manda ahorcar, y aguarda el día del mercado y ejecuta la sentencia con grande aparato y cuando hay más concurso de gente; así nuestro Señor, despues que ha aguardado y sufrido al pecador muchas veces debajo de los nubes, le levanta alguna grande calamidad, con la cual le prende, derriba y castiga, y le hace fábula y ejemplo del mundo.

Lo tercero, en este mismo castigo manifiesta nuestro Señor su bondad, como el sol muestra más su resplandor y la virtud de sus rayos cuando el hombre por la flaqueza de su vista no puede mirar en él. Porque así como la luz es agradable á los ojos sanos y limpios, y enojosa á los enfermos y lagañosos, así los que tienen los ojos claros y limpios para ver esta luz del Señor, y la misericordia que usa con ellos cuando los castiga, se gozan de purgar sus culpas con las penas y de estar debajo de su poderosa mano y correccion. Pero los otros, como están rodeados de espesas y horribles tinieblas, no pueden ver esta soberana luz, ántes se hacen cada día más ciegos con ella y se embravecen contra Dios, y Él más ásperamente los humilla y castiga, como lo habemos dicho, y lo dice Job por estas palabras (1): «Todos los días de su vida se ensoberbece el pecador, y suena en sus oídos un sonido de espanto y pavor; aunque haya paz, siempre vive sobresaltado y sospechoso de alguna celada, la tribulacion le espantará y la congoja le cercará, como suelen cercar al Rey sus soldados cuando se apareja para la guerra. Porque él ha extendido su mano contra Dios y hecho pié y esforzándose contra el Todopoderoso, y con la cerviz engraida y levantada se ha armado y corrido contra Él.» Por esto el Señor agrava más su mano y hiere y derriba al pecador, y echa acibar en todos sus deleites, y por todos cabos le cerca y aflige para que se reconozca, rinda y humille, y si perseverare en su maldad, comience aquí á padecer las penas del infierno, como lo dice san Gregorio por estas

(1) *Job*, XV.

palabras (2): «La pena presente, si convierte el corazon del afligido, es fin de la culpa pasada, y si no le convierte, es señal de la pena que se le ha de seguir.»

Y dura este castigo cuanto dura la rebeldia y obstinacion del pecador, que en los condenados es para siempre jamas. Porque, así como siempre duran sus culpas, así también duran sus penas, lo cual pone grima y admiracion. Porque ¿qué hombre hay tan vengativo y cruel, que si tomase á su enemigo y le colgase en una horca, le dejase estar en ella medio vivo y medio muerto un día entero, un mes, un año, toda la vida, ó por mejor decir, infinitos años? ¿Quién no se aplacaría con este tormento? ¿Quién no se amansaría? ¿Quién no perdería su cruza y furor? Pero el Señor ve las penas terribilísimas de los malaventurados que están en el infierno viviendo en una muerte perpétua, y con todo eso no se mitiga su saña ni les disminuye las penas, y no por eso es cruel Dios, sino justísimo juez y sapientísimo médico, pues castiga la culpa cuanto ella dura, y cauteriza la llaga mientras que mana podre y echa mal olor.

## CAPÍTULO XI.

De los medios que toman los malos para salir de las tribulaciones.

La causa por que los malos no se aprovechan de las tribulaciones ni hallan alivio y consuelo en ellas es porque no le buscan adonde se debe buscar, ni aciertan á dar en la vena de sus trabajos. Quieren salir dellos, y buscan medios para salir, mas los que toman son redes con que se enlazan y multiplican sus culpas y doblan sus penas, que son efectos dellas; porque cuando se ven angustiados y afligidos, no consideran que aquella angustia les viene de la mano de Dios, y que sus pecados son causa della, ni procuran quitarla y emendar la vida para que Dios quite el castigo, y cesando la causa de la tribulacion, cese la misma tribulacion. Ántes, ó pensando que aquel mal les viene acaso, ó que su remedio es olvidarle, procuran con un falso y dañoso engaño distraerse y ocuparse en cosas de entretenimiento y gusto, para que el ánimo, embebecido y absorta en los deleites y pasatiempos de fuera, no pueda atender á lo que padece dentro de sí, ni sacar la espina que le atraviesa las entrañas. Por esto cuando los tales se ven congojados se dan á conversaciones profanas, á juegos, á banquetes, á solaces y comedias, y andan todo el tiempo entretenidos y embelesados en fiestas y en regocijos, porque con ellos ó se divierten ó se olvidan de la pena que carcome y consume el corazon, y no ven que viven como sobresanados, y que dentro está la Haga, y que hasta que se corte la raíz de la pena, que es el pecado, siempre brotará y dará fruto de muerte, y que son como unas malas mujeres, podridas de dentro y afeitadas de

(2) *Gregor.*, in *Registr.*

fuera, ó como dijo nuestro Redentor (1): «Como unos sepulcros, de fuera blanqueados y dentro llenos de gusanos y de huesos de muertos.»

Castigó Dios á los egipcios, entre otras plagas, con trocar las aguas de los rios en sangre (2); y siendo el remedio deste azote conocer al que se le daba y volverse á él y pedirle perdon, no lo hicieron así, sino cavaron pozos y buscaron otras aguas limpias para poder beber; pero poco les aprovechó. Tomaron los filisteos el arca de Dios, y fueron afligidos por ello, y castigados con una vergonzosa y dolorosa enfermedad (3), y para sentir ménos sus penas hicieron unas sillas blandas de pellejos en que se asentar, y no entendían que el remedio de su mal era aplacar á Dios y enviarle el arca con dones y presentes, y que desta manera sanarian y saldrian de sus trabajos, como salieron cuando tomaron este camino. Dejó el espíritu del Señor el Rey Saul por su desobediencia, y fatigábale el espíritu malo y una profunda tristeza y melancolía. El consuelo era volverse á Dios, para que el Señor le volviese el rostro y le alegrase como ántes, con su divina presencia. Pero él tomó otro consejo y buscó uno que le tañese cuando estaba fatigado (4), y con la suavidad de la citara y con la melodía le recrease y aliviase, y así lo hacia David. Y aunque miéntras que duraba la música parecía que se aliviaba algun tanto el Rey, en cesando, tornaba la tristeza á su sér, porque no era aquél su remedio, sino cortar la raíz del mal y cobrar la gracia del Señor.

No es mi intencion tratar aquí de la vanidad y engaño de los que por este camino piensan remediar sus males y declarar el peligro que hay en semejantes gustos y entretenimientos, porque esto sería alargarme más de lo que pide este tratado, y extenderme á otras cosas que no son propias dél. Pero porque el medio más eficaz que algunos toman para engañar y disimular sus penas es entretenerse con farsas y representaciones, así por el gusto que hallan en ellas, como porque realmente se divierten más, y la novedad y variedad de las cosas que se representan suspenden los males, y no los deja pensar en ellos, y veo que de poco acá se ha introducido y extendido mucho esta manera de entretenimiento y recreacion, y aunque se representan algunas veces por hombres y mujercillas perdidas, cosas indignas de la excelencia y honestidad cristiana, quiero tomar licencia para referir aquí algo de lo mucho que acerca deste punto dicen algunos esclarecidos y santísimos doctores que han sido lumbreras de la Iglesia católica, los cuales no reprenden los espectáculos solamente por haber sido antiguamente instituidos de los gentiles en honra de sus falsos dioses (que por este título bien se ve que son detestables, y que los debe huir el cristiano), sino tambien por la ofensa que

(1) Matt., xxiii.  
(2) Exod., ix.  
(3) I, Reg., vi.  
(4) I, Reg., xvi.

por otros muchos respetos se hace á nuestro Señor con ellos, y por la corrupcion de las costumbres y daño que se sigue á la república. Y así dice el glorioso mártir y obispo san Cipriano (5):

«Aunque estos espectáculos no hubieran sido consecrados á los falsos dioses, no debrian los cristianos verlos ni hallarse en ellos, porque puesto caso que no fuera tan grave delito como es, tienen grandísima vanidad y muy indigna de la gravedad cristiana. Porque si el hombre de suyo es inclinado á los vicios, ¿qué hará teniendo quien á ellos le impela? Y si nuestra naturaleza cae de suyo, ¿qué hará si le dan empujones y enviones para que caiga?» Y el mismo santo, habiendo ántes hablado de otros males de la república, añade estas palabras (6): «Volved, dice, los ojos á otros daños no ménos dolorosos de los espectáculos, los cuales con su contagio inficionan. En los teatros verás cosas que te causen dolor y vergüenza; en las tragedias se cuentan las hazañas antiguas y se representan al vivo los parricidios é incestos, para que con ningun discurso de tiempo haya olvido de las maldades que en algun tiempo se cometieron. Todos los hombres, de cualquiera edad que sean, oyéndolas, entienden que se puede hacer lo que en algun tiempo se hizo. Nunca mueren con la vejez del siglo los delitos, nunca la maldad se acaba con el tiempo, nunca el pecado se entierra con el olvido; ántes se hace ejemplo lo que ya dejó de ser pecado, y gustamos de oír lo que se hizo para imitarlo, ó lo que se puede hacer para hacerlo. Apréndese el adulterio cuando se ve representar, y con el cebo y blandura de lo que se ve autorizado con la permission de la pública potestad, la matrona que por ventura vino á la comedia honesta, vuelve de la comedia deshonesta. Demas desto, ¿cuánto estrago reciben las buenas costumbres? ¿Cuánto daño la virtud? ¿Cómo se fomentan los vicios? ¿Cómo crecen y se aumentan las maldades?» Todas éstas son palabras de san Cipriano (7), el cual en el principio de un libro que escribe *De los espectáculos*, se queja que haya entre los cristianos tan blandos defensores de los vicios, que los quieren autorizar y defender, y que digan que se pueden ejercitar y ver los espectáculos por honesta recreacion y entretenimiento, y añade estas palabras: «Porque está ya tan debilitado el vigor de la disciplina eclesiástica, y cada día va de mal en peor, que no buscamos ya cómo excusar los vicios, sino cómo les darémos autoridad.»

A san Cipriano siguiendo Lactancio, dice (8): «Los gestos y los meneos de los representantes, ¿qué otra cosa enseñan sino torpezas? ¿Qué harán los mozos y las doncellas cuando ven que tales cosas se representan sin empacho y vergüenza, y son vistas de todos con aplauso y alegría? Cierta que con lo que ven son amonestados de lo que pueden

(5) Lib. *De spectaculis*.  
(6) Lib. ii, epist. ii.  
(7) Lib. *De spectac.*  
(8) Lib. vi, *Instit.*, cap. xi.

hacer, y se inflaman en torpe concupiscencia, la cual con ninguna cosa más se enciende que con la vista; y riendo aprueban lo que ven, y vuelven á sus casas más perdidos, llevando heridas las entrañas y tocadas de la yerba ponzoñosa. Y no solamente los mozos, que se han de apartar de semejantes ocasiones porque no se inficionen ántes de tiempo; pero tambien los viejos, á quien no es decente pecar, caen en semejantes desconciertos.» Hasta aquí es de Lactancio.

San Juan Crisóstomo en una parte llama á estas representaciones pestilencia de la república (1); en otra, fuente y manantial de todos los males (2); en otra, cátedra de pestilencia (3), escuela de incontinencia, obrador de lujuria, horno de Babilonia (4); en otra, fiesta de los demonios (5); en otra dice que fué invencion del demonio para corromper y destruir el género humano (6); en otra, habiendo comparado el teatro, que es lugar de las representaciones, con la cárcel, y dicho algunos males della, añade estas palabras: «Mas en el teatro todo lo contrario se ve, porque no hay en él sino risa, torpeza, pompa del demonio, derramamiento del corazon, perdimiento del tiempo, empleo de los días sin provecho y aperecebimiento para la maldad.» Aquí se conciben, dice, los adulterios, aquí los amores deshonestos se enseñan, ésta es la escuela de la destemplanza, el incentivo de la lascivia, materia de risa y ejemplo de deshonestidad. Grandes males hacen las comedias en las ciudades, y tan grandes, que áun no sabemos cuán grandes son.» Y en otro lugar dice (7): «Si Cristo nuestro Señor dice que el que viere á la mujer con mal deseo, ya en su corazon ha adulterado, y si vemos que una mujer que se topa acaso en la calle sin ninguna curiosidad de vestido, muchas veces roba y pervierte el corazon del que la mira con atencion, y que sola su vista basta para aprenderle y encandearle, ¿qué dirémos de los que están todo el día muy de propósito mirando á las mujeres hermosas y compuestas en las representaciones? Adonde, demas de la vista ponzoñosa, hay palabras lascivas y torpes, canciones de sirenas, voces suaves y muelles, los ojos pintados, afeitados los rostros, todo el cuerpo galano y compuesto, y otros mil lazos para engañar y prender á los que miran; adonde hay tanto descuido y confusion, y todas las cosas convidan á deshonestidad y corrupcion de los presentes, y áun de los ausentes, que despues oyen referir lo que en la comedia se representó. Añádense á esto otras blanduras de instrumentos músicos y voces, que ablandan los corazones y los pervierten y hacen caer en la red, ó los disponen para que caigan fácilmente. Porque si en la Igle-

(1) Homil. in *Matth.*  
(2) Homil. lxi, in *Matth.*, xxi.  
(3) Hom. lxi, ad *populum Antiochenum*, et viii, *De penitentia*.  
(4) Homil. xxxi, in iv *cap. Joannis*.  
(5) Hom. ii, in *psalm. cxviii*, et in *verba Esaiæ vidi Dominum ad medium*, et Homil. vi, in *Matth.*, ii.  
(6) Homil. xli, in *Acta Apostolorum*.  
(7) Tom. i, de *David et Saule*, Homil. iii.

sia, donde se cantan los salmos y se predica la palabra de Dios, y está el hombre con recogimiento y reverencia del Señor, muchas veces nos saltea como ladron la concupiscencia y mal deseo, ¿cómo es posible que en la comedia, adonde no se oye ni se ve cosa buena, sino por todas partes estamos como cercados de peligros, podamos escaparnos de tan doméstico y peligroso enemigo?» Todo esto dice este glorioso doctor.

Clemente Alejandrino dice (8): «Védense los espectáculos y canciones, que están llenas de lascivia y de palabras vanas y torpes, dichas sin consideracion. Porque ¿qué cosa hay tan fea, que no se represente en el teatro? ¿Qué palabra tan desvergonzada, que no digan estos representantes para mover á risa á los que los oyen?»

Tertuliano llama al teatro sagrario de Venus y consistorio de deshonestidad (9), adonde no se tiene por bueno sino lo que en las otras partes se tiene por malo, y dice que todo el regocijo y gracia de las comedias, por la mayor parte, es compuesta y guisada con la deshonestidad.

San Basilio dice (10): «No se han de ocupar los ojos en ver los espectáculos y las vanidades de los representantes, ni las orejas en oír músicas y canciones que corrompen y ablandan los ánimos, porque esta manera de cantos suele acarrear frutos de servidumbre y de ignominia, é incitar los estímulos de la deshonestidad. Y en otro lugar trata el mismo argumento del que ve en la calle la mujer acaso, y la codicia, como de san Juan Crisóstomo queda referido.»

San Agustin llama á los teatros patios de torpezas y pública profesion de maldades, y dice (11) que entre las ocasiones de pecar de que se apartaban los que hacian penitencia, era el ir á los espectáculos (12).

San Epifanio dice (13) que entre las otras señales con que la Iglesia de Jesucristo se diferencia de las sectas de perdicion, es porque veda los espectáculos, la fornicacion, el adulterio, los hechizos y otros delitos, poniendo entre ellos los espectáculos. Y así se vedaron en el sexto concilio Constantinopolitano, y se mandó (14) que el clérigo que se hallase en ellos fuese depuesto, y el lego excomulgado (15). Con estos santos siente tambien san Isidoro y los demás padres antiguos, que fueron ornamento y luz de la santa madre Iglesia, y hablan desta materia con grande sentimiento y ponderacion; cuyas palabras y sentencias dejo por brevedad. Solamente añadiré lo que dice Salviano, obispo de Marsella, que floreció más há de mil y cien años, y es llamado de Genadio maestro de los obispos, cuyas palabras son:

(8) Lib. iii, *Pædag.*, cap. xi, *prope finem*.  
(9) Lib. *De spectac.*, cap. xi et xvii.  
(10) In *oratione de legendis libris Gentilium*.  
(11) *Serm. De ebrietate et luxu*.  
(12) Aug., in *psalm. cxix*.  
(13) In *compendiario doctrina fidei*.  
(14) Cap. *Si in Trullo*.  
(15) Lib. xviii, *Ethim.*, cap. xxxv et xli et lxx.

«Hablo de solas las impuridades de los teatros y espectáculos (1), porque son tales las cosas que allí se hacen, que no puede nadie, no solamente decillas, pero ni acordarse dellas sin amancillar-se. Los otros pecados no inficionan comunmente sino sus propios sentidos y potencias: los feos pensamientos el ánimo, la vista impúdica los ojos, las palabras deshonestas los oídos. De suerte que aunque el hombre con alguna de estas partes ofenda á nuestro Señor, las otras quedan limpias y sin pecado. Pero en la comedia ninguna destas partes está libre de culpa, porque el ánimo arde con el mal deseo, y los oídos se ensucian con lo que oyen y los ojos con lo que ven, y son tan feas y perniciosas las cosas, que no se pueden declarar sin vergüenza. Porque ¿quién podrá contar sin cubrirse el rostro aquellos fingimientos y representaciones de cosas torpísimas, aquellas fealdades de voces y palabras, aquellos meneos descompuestos y movimientos abominables, que son tales, que ellos mismos obligan á callarlos? Otros pecados hay que, aunque son gravísimos, se pueden decir y reprender sin menoscabo de la honestidad, como el homicidio, el adulterio, el sacrilegio y otros semejantes; pero las torpezas y abominaciones de las comedias son tales, que no se pueden tomar en la boca ni vituperarse sin daño de la honestidad. Así que esto es propio y nuevo en la reprehension destas comedias, que si el hombre que las quiere vituperar es casto y honesto, como sin duda lo debe ser, no lo podrá hacer sin injuria de su limpieza.» Todo esto es de Salviano, el cual, escribiendo las maldades que habia en su tiempo, por las cuales dice que Dios castigó gravísimamente al mundo, pone los espectáculos y comedias. Y aún añade en otro lugar que antiguamente se preguntaba á los que se bautizaban si renunciaban á Satanás y á pompas y espectáculos y obras, poniendo entre las obras de Satanás los espectáculos, como cosa inventada por él, y en aquel tiempo muy usada de los gentiles, y que despues, cesando los espectáculos, se quitó aquella partícula de la pregunta que se hace á los que se bautizan, y quedó la que ahora se usa, porque no habia della necesidad.

Pero no solamente se estragan las costumbres y se arruinan las repúblicas, como dicen estos santos, con esta manera de representaciones; pero hácese la gente ociosa, regalada, afeminada y mujerial; gástase mucha hacienda en sustentar una manada de hombres y mujercillas perdidas para sí y perniciosas para los que las ven y las oyen. Y por esta misma razon los príncipes y repúblicas bien ordenadas, aún las que carecieron de la lumbre de la fe, ó no admitieron jamas semejantes comedias en sus repúblicas, ó conocido el daño, despues las desterraron, ó á lo ménos no consintieron que mujeres se hallasen presentes á ellas. Y tuvieron por personas tan infames á los que tenían oficio de representar, que los privaban de cualquier privilegio

(1) Salvian., lib. vi, *De provid.*

de ciudadanos, como lo hacian los romanos, y lo cuenta san Agustín (2). Y habiendo en Roma ladrones, adúlteros, homicidas y otros facinerosos, á ninguno destes quitaban los censores, que eran los maestros y reformadores de las costumbres, el derecho y privilegio de ciudadano romano, y quitábanle al que era representante, porque le tenían por más infame que á los demas. Y los mismos censores muchas veces mandaron derribar los teatros, como lo dice Tertuliano (3). Y aún san Cipriano, preguntado si se habia de dar la comunión de los fieles á uno destes que habia dejado de ejercitar por sí aquel arte, pero la enseñaba á otros, responde estas palabras (4): *Nec Majestati divinae, neque evangelicae disciplinae congruit, ut pudor atque honor Ecclesiae tam turpi contagione fedetur*; que no convenia á la Majestad divina ni á la disciplina evangélica que la honestidad y la honra de la santa Iglesia fuese contaminada con cosa tan fea.

Por donde se ve la ponderación con que se debe tratar deste negocio, y la cuenta que todos los grandes gobernadores de la república tuvieron de apartar della todo lo que podia, ó estragar las costumbres, ó ablandar y afeminar los ánimos, ó afeare y oscurecer la excelencia y resplandor del glorioso título que tenemos de cristianos.

Y también se ve que, puesto caso que en ley de gobierno político se debe dar alguna recreación y entretenimiento al vulgo, porque difícilmente puede vivir sin él; pero que no es buena recreación la que es dañosa á las buenas costumbres y destructora del vigor y esfuerzo varonil, con tanta ofensa de Dios, que es el conservador y amplificador de todos los reinos y señoríos. Otros ejercicios se pueden instituir de tanto entretenimiento y gusto y de más provecho para el pueblo, como son aquellos en que se ejercita y habilita el cuerpo para los trabajos y ocupaciones militares, que son propias de hombres y necesarias para la guerra, que do quiera que hay enemigos siempre se ha de temer.

Y aunque es verdad que por ser limitada la virtud del hombre, no puede estar siempre ocupado en cosas graves, y que tiene necesidad de intermisión en los trabajos y de alguna honesta recreación, y que, según Aristóteles y santo Tomás (5), es virtud saberse recrear y dar entretenimiento á los otros con la medida y tasa que manda la razon, y que para hacerlo como se debe nos ayuda la virtud que ellos llaman *eutrapelia*, y nosotros podemos llamar en latin *jocunditas*, y en castellano honesto entretenimiento ó apacible conversacion; pero también es verdad lo que el mismo angélico doctor nos enseña (6), que es pecado el usar en estas recreaciones y entretenimientos de palabras lascivas ó de hechos torpes y feos, y el dejarse llevar demasiado y sin rienda del gusto y entretenimiento,

(2) Lib. i, *De civ. Dei*, cap. xiii, y tráelo de Cic.

(3) Lib. *De spectac.*, cap. xi.

(4) Cip., epist. lxi.

(5) Lib. iv, *Ethic.*, cap. viii, 2, q. 168, art. 2.

(6) 2, 2, q. 168, art. 2 y 3.

que ha de ser como la sal en el manjar, y el hacer ó decir cosa que no sea muy circunstanciada y muy conveniente al lugar y al tiempo, y á la persona que se recrea. Y conforme á esta doctrina, puesto caso que pueda ser que las cosas que se representan sean tan honestas y santas, y representadas por tales personas y de tal modo, que no dañen á las costumbres, sino que sirvan de honesta recreación y deste justo y loable entretenimiento; pero cierto que las que se representan por hombres y mujercillas infames, y de cosas lascivas y amorosas, son la ruina y destrucción de la república. Y los entremeses que se mezclan entre las cosas sagradas son muy perjudiciales é indignos de la gravedad cristiana; porque si las palabras malas corrompen las buenas costumbres, como lo dice el apóstol san Pablo (1), ¿qué harán las cosas feas y torpes cuando se ven, pues es más agudo el sentido de la vista que el del oído, y hiere y mueve más al alma lo que se le representa por los ojos que por los oídos? Especialmente que en las representaciones, como dijo Salviano (2), todos los sentidos son combatidos y contaminados. Y si el Espíritu Santo nos manda (3) que no miremos á la mujer liviana, si no queremos caer en sus lazos, y que no nos paremos á ver la mujer bailadora, ni oyamos su voz, si deseamos no perdernos, ¿quién será tan atrevido ó tan confiado, que contra lo que manda el Espíritu Santo, presuma de sí que estará seguro en tan manifiesto peligro, y sin lesion en medio de tan infernales llamas? Pues las mujercillas que representan comunmente son hermosas, lascivas y que han vendido su honestidad, y con los meneos y gestos de todo el cuerpo y con la voz blanda y suave, con el vestido y gala, á manera de sirenas, encantan y trasforman los hombres en bestias, y les dan tanto mayor ocasion de perderse, cuanto ellas son más perdidas, y por andar vagueando de pueblo en pueblo, ménos se echa de ver su perdición.

Y así no hay para qué ninguno quiera asirse de la doctrina de santo Tomás, y dar por bueno lo que al presente en algunas partes se hace, por lo que este sapientísimo doctor dice que se puede hacer. Porque lo que dice santo Tomás es, que de suyo, y mirada la naturaleza de la cosa en sí, no es pecado el representar ni ver representar comedias, ni el oficio de representar es ilícito y malo en sí; porque si fuese tal, siempre sería malo y culpable, y por ningún respeto y circunstancia podria ser bueno, y esto es falso. Y lo que nosotros decimos es verdad, que entreteniéndose en las representaciones palabras lascivas, hechos torpes, meneos y gestos provocativos á deshonestidad, de hombres infames y mujercillas perdidas, y habiendo exceso y demasia en las comedias que cada dia se representan, son ilícitas y perjudiciales, según la doctrina que habemos declarado del mismo santo Tomás, y el

(1) I. Cor., xv.

(2) Salu., lib. vi, *De prov.*

(3) Eccles., ix.

mismo santo las condenará como agora en muchas partes se usan.

Y pues en las cosas morales no se ha de mirar tanto lo que se puede y debe hacer, cuanto lo que se hace y lo que según el curso comun probablemente siempre se hará, bien claro está lo que de semejantes representaciones debemos juzgar y lo que deben mandar los gobernadores de la república, los cuales algunas veces permiten algunos males por excusar otros mayores, y otras por no saber tan particularmente todos los daños que dellos se siguen. Y los que nacen destas comedias son tantos y tan grandes, que, como dice san Juan Crisóstomo, no podemos saber cuán grandes son. Y sé yo de algunos destes comediantes, cuando Dios les ha tocado el corazón, y con la luz de su gracia han conocido su mal estado y deseado salir dél, nunca acaban de decir y llorar la infinidad de pecados espantables y daños irreparables que con semejantes representaciones se cometen, como hombres que tan bien lo saben y han sido artifices y maestros dellos. Pero ya es tiempo que volvamos á lo que tenemos comenzado, y digamos los medios que habemos de usar para aprovecharnos de la tribulación.

#### CAPÍTULO XII.

De los medios que debemos tomar en el tiempo de la tribulación.

Pues los medios que habemos dicho en el capítulo precedente no son buenos ni eficaces para aliviar nuestras penas ni curar las llagas que nos hace la tribulación, razon será que busquemos otros ciertos y poderosos para librarnos dellas. Porque, ya que no está en nuestra mano evitar la tribulación, sepamos á lo ménos cómo nos habemos de haber cuando viniere, para que no nos empiece, ó nos ayude y aproveche, que es lo que pretende el Señor. Sea pues el primer remedio, y como escudo fuerte contra los golpes de la tribulación, conocer el hombre que es hombre, que quiere decir sujeto á todas las miserias y calamidades del mundo, y tener entendido que todo él es lugar de destierro y está lleno de fieras bravas y sembrado de abrojos, y que no podemos poner el pié, por más que parezcan rosas y azucenas, sino sobre espinas, y que habemos de ser heridos y lastimados dellas. ¿Quién se maravilla que haga calor en los dias caniculares, ó frio en el corazón del invierno, ó que se maree el que navega? Ninguno por cierto, sino el que no supiere qué cosa es navegar ó no tuviere entendido la calidad de los tiempos. Pues ¿por qué se maravilla el hombre que padezca como hombre y sea combatido de las ondas y miserias á que está sujeto cualquier hombre que navega por el golfo turbulento y peligroso desta vida miserable?

Con esta consideración ganará dos cosas: la una, el no maravillarse de trabajo ninguno que le venga, pues es la fruta ordinaria que se coge en este valle de lágrimas; y la otra, el estar apercebido y armado contra los golpes de la afición, y así sen-

tirlos menos, como lo dice el glorioso mártir san Cipriano con estas palabras (1): «Necesaria cosa es que todos los días de nuestra vida vivamos en tristeza y llanto, y que comamos el pan con sudor y trabajo. Y por esto cada uno de nosotros, cuando nace y entra en la posada deste mundo, comienza á llorar, y aunque por entónces, como inorante de todas las cosas, no sabe más que llorar, todavía con un natural instinto el ánima lamenta los trabajos, fatigas y tempestades del mundo en que entra y ha de pasar. Porque mientras durare la vida han de durar los sudores y trabajos, los cuales no pueden tener otro mayor alivio y consuelo que la paciencia y sufrimiento.»

De aquí suba otro escalon y conozca que no solamente es hombre, sino tambien pecador y merecedor de castigo, y que son menores las penas que padece que las culpas que cometió, y diga, con los hermanos de Josef (2): «Justamente padecemos estos males porque pecamos contra nuestro hermano y no le oimos cuando nos rogaba.» Y la santa Judit (3): «Consideremos que son menores nuestros trabajos de lo que por nuestros pecados merecemos.»

Y si por ventura la tribulacion es algun falso testimonio que le levantan, ó alguna vana sospecha de cosa que no tiene culpa, no por eso se justifique, sino agradezca al Señor que no la tiene en aquello que le impone, y conozca las otras muchas que tiene, por las cuales ha merecido aquella y otra cualquiera mayor tribulacion. El glorioso san Gregorio Magno, siendo perseguido y maltratado, contra razon y justicia, de Mauricio, emperador, le escribe estas palabras (4): «Yo soy hombre pecador, y porque continuamente ofendo á Dios, pienso que delante de su tremendo juicio es algun remedio de mis culpas el ser continuamente afligido por ellas, y creo que vos, señor, tanto más aplacais y ganais la gracia de Dios, cuanto, como á siervo suyo descuidado y flojo, más me afligis.»

Espántese de la bondad de Dios, que no le castiga, conforme á la gravedad de sus culpas, en el infierno, y le trata como un juez piadoso á un ladrón que, mereciendo, segun las leyes, pena de muerte, se contenta con tenerle pocos días en la cárcel.

Examine bien su conciencia y alimpiela y purifíquela, y despida de sí todo lo que viere que puede desagradar á Dios y tenerle enojado contra sí, y ser causa de aquella aflicion. Acuda á Él por oracion humilde y devota, por la confesion frecuente y sencilla, y recíbale á menudo en el sacrosanto Sacramento del altar con profundísima reverencia y filial amor. Porque las llagas que hace Dios, por ninguna otra mano, sino por la suya, se pueden sanar. Y las medicinas con que Él las suele curar son los santos sacramentos que Él instituyó,

(1) Lib. De bono patiente.  
(2) Genes., iv.  
(3) Jud., viii.  
(4) Epist. xxv, lib. iv.

como unos saludables, divinos y eficaces remedios de todas nuestras dolencias, y particularmente el Sacramento del altar, que es Sacramento de los sacramentos y fuente copiosísima de la gracia, en el cual el mismo Dios se comunica al ánima afligida y necesitada, y la cura consigo mismo, siendo, no solamente médico sapientísimo, sino tambien medicina suavísima y eficazísima para sanar todas sus enfermedades.

Y para que haga todo esto con más facilidad y gusto, acuérdesse de lo que arriba enseñamos, que Dios nuestro Señor es la primera y principal causa de cualquier mal de pena y trabajo que nos venga, y que nos azota como padre, y que el mismo azote es señal de amor. Por tanto, aunque nos parezca que los trabajos que tenemos nos vienen por la malicia de los hombres, sepamos que no son ellos parte, ni todo el infierno, para quitarnos un cabello, si el Señor no se sirviese de su mala voluntad para nuestro bien. Que pues el demonio no tuvo poder de tocar en la hacienda y en la carne del santo Job (5) hasta que se le dió el Señor, y para entrar una legion de demonios en los puercos pidieron primero licencia á Cristo nuestro redentor (6), y todos nuestros cabellos están contados delante de su acatamiento, cierto es que no es parte nadie para empeñarnos sin su voluntad. Y así el mismo santo Job (7), aunque el demonio le habia muerto los hijos, y robádole y quemádole su hacienda, y llenado su cuerpo de una horrible y espantosa lepra, no atribuyó estas calamidades suyas al demonio, sino á Dios, que se habia querido servir dél para su bien, y por esto dijo: «El Señor nos lo dió y el Señor nos lo quitó; sea su nombre bendito.» Y conforme á esto, dice san Agustín (8): «Ninguno diga: El demonio me ha hecho este mal; atribuid á Dios vuestro azote, porque el demonio no os puede hacer más mal de lo que le es permitido ó para pena ó para correccion: para pena á los rebeldes, para correccion á los buenos.» Por esta misma causa dice el bienaventurado san Gregorio (9): «Siempre la voluntad de Satanás es perversa, pero nunca su potestad es injusta, porque de suyo tiene la voluntad, y de Dios la potestad.» Y así lo que él desea hacer injustamente, nunca Dios permite que lo pueda hacer sino justamente. Y ésta es la causa por que en los libros de los Reyes se dice (10) que el espíritu malo del Señor atormentaba á Saul. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo: del Señor, por la licencia justa que él le daba, y malo, por el deseo de su injusta y maligna voluntad. El casto y amable Josef, cuando fué conocido de sus hermanos, estando ellos atónitos y pasmados, les dijo (11): «No temais ni os parezca

(5) Job, i.  
(6) Luc., viii.  
(7) Job, i.  
(8) Aug., in psalm. xxxi.  
(9) Lib. ii, Moral., cap. vi.  
(10) I, Reg., xviii.  
(11) Gen., xlvi.

cosa dura y extraña que me hayais vendido para estas partes, porque Dios me ha enviado delante de vosotros para conservar vuestra vida y salud.» El santo rey David (1), cuando Semey le maldecía, dijo á sus capitanes, que le querian matar, que no lo hiciesen, porque Dios le habia mandado que le maldijese y afligiese, y que pues era así, que no era justo que ninguno dijese á Dios: ¿Por qué haceis esto? Pero más excelentemente que nadie nos ha enseñado esta verdad Cristo nuestro redentor, cuando, mandando á san Pedro que envainase el cuchillo, añadió: «¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre?» No dijo el cáliz que me ha aparejado Júdas ó los escribas y fariseos, porque sabia que todos estos no eran sino criados, que le servian la copa del Padre. Y cuando, maravillándose Pilato que no le respondia, teniendo él potestad de crucificarle y de librarle, le dijo el Señor (2): «No tendrias tú potestad ninguna contra mí si no te la hubiesen dado de arriba.»

La sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse della, y si pudiese, bebérsela toda; mas el médico pretende con ella sacar la mala sangre y dar salud al enfermo, el cual sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más á lo que pretende la sanguijuela que á la intencion del médico. De la misma manera debemos hacer nosotros en cualquier trabajo que nos venga por parte de los hombres ó de las criaturas, pues todas ellas sirven al sapientísimo Médico de sanguijuelas y de remedios para evacuar la mala sangre y darnos entera salud. Y por esto el real profeta David se volvió á Dios como á médico soberano y le dijo, segun la traslacion del texto hebreo que hizo san Jerónimo (3): «Librad mi ánima de manos del hombre perverso, que es vuestro cuchillo, con el cual heris y castigais.»

#### CAPÍTULO XIII.

De otros medios que podemos usar.

Demas desto, acuérdesse el que está afligido que Dios nuestro Señor es fiel en sus promesas, y verdadero y fiel amigo de los suyos, y que está más presente con ellos en sus tribulaciones que en ninguna otra cosa, aunque menos lo parezca. Cosa es muchas veces repetida y prometida en la Sagrada Escritura, el socorro y favor que da Dios nuestro Señor á los suyos cuando le llaman en el tiempo de la tribulacion; y por ser tan clara y tan sabida, no traigo aquí los lugares de las divinas letras que hablan desto; solamente diré lo que dijo san Bernardo sobre aquellas palabras del salmo (4): «Con el estóy en la tribulacion; librarlo he y glorificarlo he.» Dadme, Señor, dice este santo, siempre tribulaciones, para que siempre esteis conmigo. Y así, pida instantemente al Señor y procure criar en su pecho esta segura confianza; que Dios es su pa-

(1) II, Reg., xvi.  
(2) Joann., xix.  
(3) Psalm. xvi.  
(4) Bernar., in psalm. xc.

dre y está con él, y que no le puede venir trabajo ni pena que no sea por su mano, y que no es parte toda la potencia del mundo ni la del infierno para quitarle un cabello, como habemos dicho, sin su divina voluntad. Y aunque esté atado sobre el altar y debajo del cuchillo para ser sacrificado como otro Isaac (5), y en la cestilla de mimbres como estuvo Moisés (6), y ahorrado en la cárcel como Josef (7), y en el lago de los leones como Daniel (8), y en el horno de Babilonia como los tres mozos sus compañeros (9); aunque esté en medio de los hombres armados con las piedras para arrojárselas, como estuvo la casta Susana (10), y en el desierto como David (11), perseguido y cercado de Saul, y en el vientre de la ballena como Jonas (12), y desmayado debajo del enebro como Elías (13), y cercado de los soldados del Rey de Siria como Eliseo (14), y sustentado con pan de tribulacion y agua de angustia como Miqueas (15), y medio sumido y anegado de las olas, como san Pedro (16) y como san Pablo (17), en el abismo y profundidad de la mar, sepa cierto que volviéndose y llamando con puro y fiel corazón á Dios, le socorrerá y le dará la mano, y le sacará á puerto de quietud y tranquilidad. Digale, con el real profeta David (18): «Aunque camine por medio de la sombra de la muerte, no temeré las tribulaciones, porque vos, Señor, estais conmigo.» Y lo que dijo Job: «Señor, poneme á vuestro lado, y pelee quien quisiere contra mí.»

Tengo por cierto que tras la tribulacion vendrá la consolacion del Señor, y tras la noche el día, y tras el invierno áspero y frio, la primavera alegre y templada. Porque, así como el buen tañedor de vihuela no estira demasiado la cuerda, porque no se rompa, ni la afloja mucho, porque no haria consonancia y armonía, así aquel músico celestial no nos da siempre prosperidad, porque no aflojemos y perdamos la suave armonía de la virtud, ni tampoco nos aprieta siempre con trabajos y aflicciones, porque no quebrems y desesperemos en ellos; y comunmente la tristeza de la vigilia es pronóstico y señal de la alegría de la fiesta que tras ella Dios nos envia. Y así, dice san Gregorio (19): «Si miramos verdaderamente el curso desta nuestra vida, hallaremos que no hay en él cosa firme y estable, sino que, como el caminante unas veces anda por los campos llanos, otras por las sierras ásperas, así nosotros, ya gozamos de la prosperidad, ya somos

(5) Genes., xxii.  
(6) Exod., ii.  
(7) Genes., xxxix.  
(8) Dan., vi.  
(9) Dan., iii.  
(10) Dan., xiii.  
(11) I, Reg., xxiii.  
(12) Joan., ii.  
(13) III, Reg., xix.  
(14) IV, Reg., vi.  
(15) III, Reg., ii.  
(16) Math., xiv.  
(17) II, Cor., xi.  
(18) Psalm. xxii.  
(19) Epist. xc, lib. iii.